

7

Visión del Numerario sobre la Universidad

Mtro. J. Antonio Outón M.

Lic. Efraín González M.

Mtro. Francisco Prieto E.

Dr. Miguel Villoro T.

**CENTRO DE INTEGRACIÓN UNIVERSITARIA
CENTRO DE DIFUSIÓN Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIAS**

CONSEJO EDITORIAL:

Dr. Carlos Escandón D.

Lic. Agustín Rozada R.

Arq. Gerardo Anaya D.

Diseño de la colección: Álvaro Yáñez

Formato: Enrique Sánchez

Tipografía: Gabriela Ruiseco, Genoveva Camacho, Ernestina López

Impreso en la Universidad Iberoamericana

Se terminó de imprimir en agosto de 1983

Tiro: 1,500 ejemplares

Derechos reservados © Copyright Universidad Iberoamericana, 1983

Cerro de las Torres 395/04200 México, D. F.

VISIÓN DEL NUMERARIO SOBRE LA UNIVERSIDAD

José Antonio Outón Mato
Efraín González Morfín
Francisco Prieto Echaso
Miguel Villoro Toranzo

OUTÓN MATO, José Antonio

Licenciado en Filosofía: Universidad Iberoamericana, México. Maestría en Filosofía: Universidad Iberoamericana, México. Ha sido profesor del Departamento de Administración, investigador del Centro de Didáctica, Director del Centro de Didáctica, Director de Departamentos, Director de Centros, puesto que actualmente desempeña, Presidente de la Asociación de Profesores e Investigadores, Miembro de diversos Comités, del Consejo Universitario y del Senado Universitario, todo ello en la Universidad Iberoamericana. Ha publicado diversos ensayos y artículos especialmente sobre temas de Filosofía y de Educación. Habla, además del español, inglés y francés.

GONZÁLEZ MORFÍN, Efraín

Licenciado en Filosofía: Instituto Libre de Filosofía, México. Licenciado en Derecho: Universidad Iberoamericana, México. Profesor del Depto. de Derecho de la UIA, del que ha sido director. Es autor de varios temas políticos, económicos, filosóficos y sociales (*Tesis y actitudes sociales; Persona y Sociedad; Solidarismo; El Puño y la Mano Tendida; Cambio Democrático de Estructuras; etc.*). Varios artículos suyos aparecieron en *Comunidad*, revista de la UIA. Ha realizado traducciones del francés, inglés y alemán, idiomas que domina, además del español, el latín y el griego.

PRIETO ECHASO, Francisco

Licenciado en Comunicación, Universidad Iberoamericana, México. Maestría en Filosofía, Universidad Iberoamericana, México. Diploma Superior de Estudios Franceses Modernos, Alianza Francesa de París, Francia. Maestría en Fonética, Universidad de París, Francia. Docencia en el Departamento de Comunicación de la UIA, de la que es Maestro Numerario. Actualmente es Director del Departamento de Comunicación de la UIA. Es Autor de varios artículos en diversos diarios y revistas. Ha publicado las novelas "*Caracoles*" y "*Taller de Marionetas*"; se encuentra en prensa "*La Inclinación*". Habla y escribe, además del español, inglés y francés.

VILLORO TORANZO, Miguel

Licenciado en Derecho: Escuela Libre de Derecho, México. Doctor en Derecho, Universidad Nacional Autónoma de México. Catedrático de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Es profesor del Departamento de Derecho de la Universidad Iberoamericana, del que ha sido director. En la misma Universidad Iberoamericana ha sido miembro de diversos Comités y Consejos, así como del Senado Universitario. Ha publicado numerosas obras entre las que se destacan: *Introducción al estudio del Derecho, Lecciones de Filosofía del Derecho, Relaciones Jurídicas, La justicia como vivencia y Metodología del trabajo jurídico*, además de numerosos artículos y conferencias, etc. Habla, además del español, francés, inglés y latín.

PRESENTACIÓN

Dentro de la tradición universitaria las ceremonias en las que se reconocen los méritos universitarios del personal académico tienen un lugar muy significativo. No se trata de eventos sociales, aunque evidentemente estén en un marco social. No es un simple entregar premios; el trabajo universitario, en su esencia más profunda, se finca en la gratuidad indispensable de toda autodonación. Es únicamente esto y es todo esto: un reconocimiento obligado de la comunidad universitaria a quienes desinteresadamente viven los valores universitarios y los transmiten en su trabajo; es un sacar a la luz riquezas que normalmente quedan ocultas en la actividad académica, no pocas veces rutinaria e ingrata.

La Universidad Iberoamericana reconoce, por una parte, el mérito académico de una manera muy especial en el nombramiento de Académico Numerario, máxima promoción académica que da a su personal académico de tiempo. Por otra, lo hace también con el complejo de virtudes universitarias con las que a través de los años el personal académico va enriqueciendo a la Universidad: Diploma y Medalla al Mérito Universitario para 15 y 20 años de excelente desempeño; Emérito para 25 y Medalla José Sánchez Villaseñor para 30.

Las ceremonias en que son proclamados estos reconocimientos revisten una señalada importancia. Son actos académicos caracterizados por su sencillez, e incluso austeridad, pero que por eso logran destacar mejor esa gratitud que en el marco de los valores cristianos de la Universidad, permite que tal entrega llegue a ser incluso auténtico servicio evangélico.

Este marco ha permitido que las intervenciones que en diversos momentos de la ceremonia tienen destacados académicos de la Universidad sean de ricos contenidos. Hemos reunido en este fascículo de los Cuadernos de Reflexión Universitaria tres de ellas, efectuadas en la ceremonia del 31 de enero de 1980 y una cuarta del 8 de septiembre de 1982.

Encabezando estos discursos están las palabras que el Mtro. José Antonio Outón dirigió en el primero de esos actos, en su calidad de maestro de ceremonias, para destacar el marco universitario de la celebración.

En la segunda de las ceremonias, el 8 de septiembre de 1982, el Lic. Efraín González Morfín, Numerario, recibió a los nuevos Académicos Numerarios y presentamos sus palabras.

El 31 de enero de 1980 el Mtro. Francisco Prieto formó parte del grupo de maestros promovidos a la categoría de Numerarios, y en nombre de sus compañeros, agradeció elocuentemente la distinción.

Finalmente presentamos el discurso que el Dr. Miguel Villoro pronunció en esa misma ceremonia al recibir la Medalla al Mérito Universitario.

Arq. Gerardo Anaya D.
Académico Numerario
Editor.

1 Presentación del marco de la ceremonia

Mtro. José Antonio Outón Mato

31 de enero de 1980.

No quisiera dejar de aprovechar esta ocasión para justificar mi atrevimiento al pisar este recinto. Qué satisfactorio es para mí ver a varios de mis maestros, a varios de los primeros alumnos que al principio de los 40, en la vieja casona de la calle Hidalgo comenzaron a realizar el ideal que unos soñadores hilaron noche a noche. Y hoy, al correr los años no puede uno menos que estar convencido de que han cumplido con la obra que Dios les encomendó. Son una generación tempestuosa, animados por una inspiración que dio tempranos frutos. Comenzaron por conquistar un lugar y con su revolución forjaron la generación presente a la que le han regalado el oráculo de la historia. Nos han dado el tesoro de la ciencia, nos han enseñado la práctica de la justicia, nos han engrandecido con las columnas que sostienen nuestra realidad educativa: el cristianismo, el humanismo, la conciencia social y la excelencia académica.

- El cristianismo, cuyo origen divino todos aceptamos; el cristianismo, cuyos principios podemos dejar de practicar alguna vez en nuestra vida, pero nunca dejarlos de adorar en nuestro corazón; el cristianismo, todo verdad, todo hermosura, todo bondad; el cristianismo, que dignificó al proscrito, que igualó al pobre con el rico, que hizo de todos los hombres una familia; el cristianismo . . . la luz que sonríe en los sueños de nuestra inocencia.

- El humanismo. ¡Qué difícil es el humanismo! les he llamado revolucionarios y lo fueron. Les tocó realizar la tarea de análisis, de la demolición de las cosas para encontrar sus elementos y las relaciones entre ellos existentes. Les tocó emancipar las ideas de la tutela del mito y el dogmatismo y nos regalaron, con su nobleza guerrera, el ideal de la familia en la que el hombre, en comunidad, acrecienta su ser. Como hijo se liga en un pasado del que proviene y respeta; como esposo tiene un presente al que cuida con esmero, y como padre tiene un porvenir del que traza una singladura.

- La conciencia social. ¡Cuánto os hemos aprendido de esto! El hombre, que no es un solitario, que Dios al crearnos nos puso su semejanza en el amor, para hacer y compartir con nuestro hermano la vida. Porque así como el cuerpo no puede vivir sin el aire que respira, el alma no puede plenificarse sin el acto amoroso de darse a los demás.

- La excelencia académica. No como la búsqueda de una calificación superior, sino esa comunicación con el mundo de la que el hombre es capaz con su sensibilidad, con su inteligencia, con su voluntad. Así pues, el hombre, con su receptividad, con su poder de relacionar, abstraer y con su determinación a ser y producir, se hace partícipe de la obra creadora de Dios.

Finalmente no quiero dejar de reconocer la tarea que nos han regalado de cooperar, junto con ustedes, al cumplimiento de la síntesis, para continuar la búsqueda de la verdad, conseguir el quijotesco ideal de la armonía humana en una sociedad que tome por fundamento las facultades, los derechos de la persona. Así pues por todo lo que han hecho, creo que no vale la pena felicitarlos, sino agradecerles su grandeza. Por tanto, maestros, muchas gracias.

2 Bienvenida a los nuevos Numerarios

Lic. Efraín González Morfín

8 de septiembre de 1982.

Esta ceremonia universitaria de reconocimiento de méritos académicos ofrece una buena oportunidad para reflexionar un poco sobre la actividad esencial de la Universidad, que es la educación. La educación constituye la razón de ser de la Universidad a través de las diversas actividades que enumera nuestro Estatuto Orgánico. Investigación, enseñanza, difusión cultural son aspectos distintos de esta tarea educativa.

Quisiera proponer a ustedes un ángulo de meditación sobre lo que es la educación. Sin pretender que lo observado bajo ese ángulo agote la enorme riqueza de la realidad, sí nos puede ayudar a renovar convicciones y decisiones de servicio en la Universidad Iberoamericana. Además de otros puntos de vista, creo que es instructivo reconocer que la educación es actualización consciente y libre de las capacidades de perfeccionamiento humano.

Cada una de las palabras de este enunciado breve tienen una gran riqueza y muestra un panorama orientador. Educar es actualizar, de manera consciente y libre, potencialidades o capacidades de desarrollo y de perfección, y estas son las del ser humano. Si la educación es tarea consciente y libre y no simple desarrollo automático de capacidades, necesariamente exige determinada concepción de la naturaleza y del destino humanos. En este punto, la Universidad Iberoamericana no oculta su decisión a favor de la concepción del hombre. No da lo mismo fundamentar la tarea educativa sobre una concepción reduccionista del hombre que educar sobre la base de la verdad completa acerca del hombre. Quedaría mutilada la tarea educativa si no tratara constantemente de abrirse hacia la verdad completa acerca del hombre, no solo mediante la ciencia, próxima o particular sino también a través de la sapiencia filosófica y teológica.

Aquí vale la pena recordar aquella proposición que Lonergan llama el teorema de Newman: si la Universidad debe buscar la verdad completa, en caso de que ésta se mutile muchos compartirán la ignorancia porque no conocerán la parte ausente; además de esto, el desequilibrio del conjunto cultural mutilado producirá el efecto negativo de tratar de suplir la ausencia de los elementos faltantes deformando los que quedan y atribuyéndoles competencia, y valor que no pueden tener. Por eso los diversos reduccionismos negadores de enfoques filosóficos o teológicos acaban en la práctica filosofando y teologizando, pero en forma inaceptable.

Educar es actualizar capacidades de perfeccionamiento humano, con respecto a la verdad completa del hombre y entrega consciente y libre al desarrollo del mismo. Al educador se le exige no solo perseverancia, sacrificio y dedicación sino también se le reclama la vinculación del trabajo intelectual con los valores morales. Los valores morales son la repercusión vital de la verdad en la capacidad de amar y de decidir. Queda trunco el hombre cuando exagera los datos intelectuales de la tarea educativa y tiende a repetir el viejo error de confundir el simple conocimiento con la virtud.

Actualización consciente y libre de la capacidad de perfeccionamiento humano, la educación, forzando un poco la etimología de las palabras, es autoeducación y heteroeducación. En la Universidad, como en las demás instituciones educativas, tienen que darse en forma complementaria los dos tipos de educación: el servicio educativo del que trata de contribuir a la educación de otras personas y la tarea de cada hombre sobre sí mismo pare educarse de acuerdo con sus criterios y sus valores. Si preguntamos a quién corresponde la preeminencia en la tarea educativa, desde el punto de vista del fin de la educación, debemos contestar que al autoeducador, es decir, a la persona que, consciente y libremente, trata de desarrollar sus capacidades de perfeccionamiento, de acuerdo con su honrada convicción de naturaleza y destino humano. Como profesores, reforzamos la lealtad a nuestra vocación cuando encontramos en los alumnos la decisión de educarse a si mismos. Entonces se fortalecen el

sentido y el valor de la tarea heteroeducativa de los que tratamos de contribuir a que otros se decidan a educarse. Auto y heteroeducación nos recuerdan que también aquí la preeminencia corresponde a la persona como fin y que esta nunca debe reducirse a medio, pare nadie ni pare nada.

Actualización consciente y libre de la capacidad de perfeccionamiento humano, la educación tiene que darse, por respeto al hombre y a su verdad completa, en un ambiente de libertad de conciencia y de pluralismo. El pluralismo que propone la Universidad Iberoamericana no es el ocultamiento de las convicciones propias con respeto sincero a quienes no tengan las mismas. La Universidad Iberoamericana es una propuesta que no se basa ni en el relativismo ni en el escepticismo sino en la aceptación respetuosa de la concepción cristiana del hombre y de su destino, con la invitación a que, quienes no compartan tales convicciones, respeten a la Universidad al proponerlas. Este proyecto eminentemente libre y respetuoso debe animar cada vez más el esfuerzo de actualización de capacidades de perfeccionamiento humano.

La tarea universitaria tiene que cumplirse en ambientes de mesura y humildad. En más de una ocasión se atribuyen a las universidades tareas, competencias y capacidades que rebasan los límites universitarios y dañan a la universidad y a la sociedad extrauniversitaria. La tarea de la educación, que despliega en los demás y en uno mismo potencialidades valiosas, debe realizarse con respeto a la verdad completa acerca del hombre, en ambiente de genuina libertad de conciencia, de mesura realista y humilde y de colaboración ligada por vínculos comunes.

El sentido de esta ceremonia consiste en reconocer méritos académicos de enseñanza, investigación y difusión, que expresan la tarea educativa como razón de ser de la Universidad.

3 Agradecimiento en nombre de los académicos promovidos a Numerarios

Mtro. Francisco Prieto Echaso
31 de enero de 1980.

En nombre de mis compañeros profesores a investigadores, agradezco el reconocimiento que la Universidad Iberoamericana hace de nuestro trabajo académico al nombrarnos *numerarios*.

Como intelectuales, esto no significa que trabajemos en adelante más o mejor. No es tampoco un incentivo. Lo que festejamos es la alegría del reconocimiento por el otro; la paz que sucede a cuanto alivia la inseguridad fundamental que como seres humanos padecemos. Como intelectuales y mediante la palabra, sea oral, sea impresa, nuestro quehacer nos pone frente al otro, a los otros, en relación dialógica. Nuestro trabajo, integrado a nuestra existencia, no es solo un medio de vida.

Festejamos la alegría del reconocimiento por ese otro que es la Universidad Iberoamericana, institución de cultura superior, esto es, academia al servicio de la Razón y que, por ello mismo, se ha impregnado a lo largo de su historia de las diversas corrientes que han irrumpido en la sociedad de la cual forma parte; institución, entonces, viva. La cultura, ya lo dijo Ortega, es el sistema vital de las ideas de un tiempo. Y si la Universidad Iberoamericana se encuentra al nivel de los tiempos no se entrega, coqueta, disoluta, a un tiempo específico y pasajero. Inspirada en los valores cristianos que se reducen a uno solo, *Ama et fac quod vis*, proposición magnífica de Agustín que traduce los cuatro evangelios, producto, por lo tanto, cultural, que no natural, la Universidad Iberoamericana se ha comprometido con una Ética histórica y no racionalista. Puesto que aquel que ama obrará necesariamente el bien y nadie ama si no es tocado por el resplandor del ser, lo que se llama la belleza, esta casa de estudios tiene una misión que realizar en un mundo necrofilico que se reparten la razón

instrumental-máscara de la Razón -y el hedonismos-mascara de la Vida-. Pues estamos vivos, festejamos el reconocimiento de los vivos.

Pero el peligro existe. Estamos en peligro. Como entre los siglos XI y XIII de nuestra era, los cátaros buscaron extenuar la carne como vía de liberación y los valdenses liquidar toda diferencia en el comunismo vulgar para "encontrarse" finalmente sin saber ya si eran cátaros, valdenses o qué, asimismo la confusión lingüística y conceptual gana terreno en nuestro mundo y las mismas universidades ceden más y más a la barbarie. Nosotros padecemos también esos síntomas. Nosotros, todavía, podemos asombrarnos de ello. Porque la inercia no hace aún presa de nosotros, estamos vivos y hablamos.

Aunque esta es una ceremonia consagrada a la alegría, sería irresponsabilidad proceder a una pura exaltación de la Universidad. Hay una alegría más profunda que brota del encuentro de los contrarios: la Felicidad. Hemos vivido unos años que, como universitarios, nos impiden la pequeña y graciosa liviandad de cantar la Aura alegría. Cuando el docente, corazón de la universidad, se vuelve vergonzante ante el investigador de las diversas praxis, cuando el investigador humanista -sea científico o lo sea de las artes- y que sigue al maestro como responsable fundamental junto con los estudiantes de la luz propia que deben irradiar las universidades, cuando el investigador humanista, digo, se ve asimismo sometido a las leyes de la utilidad, es que se ha perdido la razón de ser de la institución universitaria, su autonomía, y se la ha vuelto parte de este gran taller de producción esclavista que es, más y más, el mundo que hemos heredado y al que, de alguna manera, hemos contribuido. Los resultados no justifican continuar esas prácticas: en lo externo, dos guerras mundiales y ochenta años de guerras diversas y formal menos aparatosas pero igualmente dolorosas de destructividad; en lo más hondo, en lo no mensurable, la generalización de una enfermedad que desconoce los quirófanos y pretenden mediatizar los fármacos: la depresión. Porque queremos contribuir a la recuperación de la alegría, hemos hecho esta llamada de atención.

Si, en fin, a la inseguridad personal que todo individuo es por ser alma y ser espíritu, sensibilidad y razón que buscan hallarse en lo que Zubiri ha llamado inteligencia sentiente, o sea, la vía de la existencia auténtica, si a la inseguridad personal se une la inestabilidad del mundo en que vivimos, este reconocimiento de vivos que hoy se nos hace es un saludo de paz que nos acerca a la Paz en la afirmación del trabajo que día con día hemos venido realizando.

En nombre de quienes hoy hemos sido nombrados numerarios, gracias.

4 Discurso en nombre de quienes recibieron distinción al Mérito Universitario

Dr. Miguel Villoro Toranzo
31 de enero de 1980.

Nos encontramos reunidos, en la paz de la noche, para celebrar un acto universitario: el reconocimiento de una tarea prestada a lo largo de los años por hombres y mujeres que han dedicado su vida al estudio y a la docencia. En este recinto recientemente construido, cuando aún esta fresco en la memoria de todos el recuerdo del derrumbamiento de los antiguos edificios, por primera vez la Universidad Iberoamericana entrega las medallas y los diplomas al mérito universitario. Son muy de alabar las autoridades universitarias por crear, especialmente en estos momentos, unas preesas que hacen patente ante todo que la Universidad antes que nada son sus profesores, no los edificios. Así queda asentado el propósito de no apartarnos ni de la calidad académica ni de los altos ideales de nuestro Ideario.

Voy a referirme al ideal del trabajo universitario, un ideal muy bien representado entre mis colegas aquí presentes y que significa para mi una meta, tal vez inalcanzable en su perfección pero digna de motivarme profundamente, un ideal que debe alentarnos a seguir adelante y a tratar de mejorarnos. Es un ideal tan hermoso que debe ser expuesto ante todos y que es digno de despertar nuevas vocaciones y entregas.

El mismo adjetivo "universitario" ya sugiere lo elevado del ideal. Bien sabemos los que nos dedicamos al estudio y a la enseñanza universitaria que un saber universal es inalcanzable. El hombre universal, todavía presente en el Renacimiento, hoy ya no existe ni puede existir. Se ha avanzado tanto en el saber que las especializaciones se han hecho necesarias y éstas han dado origen a subespecializaciones donde cada vez se restringe más el campo del saber. Pero el auténtico universitario no debe perder nunca de vista que su trabajo es una parte de un gran todo, que su especialización solo cobra sentido en el marco grandioso del trabajo universitario de todos los universitarios. Somos soldados de un ejército, grande y pacífico, que lucha por extender los límites de lo que podemos llamar la Verdad. Nunca debemos proceder como francotiradores y menos en lucha contra nuestros hermanos, aunque nuestras investigaciones y reflexiones a veces nos lleven a oponernos a ellos con nuestros argumentos lanzados en la explicación escrita o en la cátedra.

Es que no se puede ser auténtico universitario si se carece de espíritu de solidaridad con los demás hombres. Si Plauto proclamó que nada humano le era extraño, con mayor motivo tienen derecho de hacer propio ese dicho los que dedican su inteligencia y sus energías a la investigación, a la reflexión y a la enseñanza. Ser universitario es procurar alcanzar, hasta donde se pueda, esa mirada universal que incluya todos los avances a la Verdad y todas las preocupaciones humanas.

Y esto nos lleva a una segunda característica de lo universitario que se desprende de la anterior: la humildad. El que estudia, reflexiona o investiga con seriedad, bien pronto aprende a conocer sus propios límites, lo frágil de muchas de sus conclusiones, lo difícil que es avanzar, lo fácil que es equivocarse. También aprende que hay mentes más profundas y sabias que la propia, que hay que conservarse en apertura a los demás y, entre ellos, a los discípulos, que tanto le pueden enseñar a uno.

Nada más opuesto al auténtico espíritu universitario que la autosuficiencia, que el creerse el único depositario de la verdad, que el cerrarse a escuchar otros puntos de vista e imponerles dogmáticamente el propio. Es verdad que la sinceridad y el ardor de una convicción pueden arrastrarnos a olvidar en la discusión el control racional que debemos imponer a nuestros actos, pero el ideal nunca debe apartarse de nuestra mira. El ideal es esa virtud que los griegos llamaban *sofrosine*. Para los griegos, la *sofrosine* no sólo significaba equilibrio entre la razón y el sentimiento sino también respeto del pensar ajeno y magnanimidad para aceptar a los demás. Se oponen a la *sofrosine* la *hubris* o arrogancia del propio yo y del propio pensar, la ambición desmedida y el vano afán de gloria.

El universitario que logra practicar y vivir la *sofrosine* entra en un mundo admirable de intercambios de ideas y de respetuosos vínculos humanos. Allí le acecha una tentación, la de convertir su mundo en una torre de marfil, aislada de las pasiones, intereses y problemas de la sociedad que le rodea. Pero esto sería traicionar la solidaridad que le vincula con los demás seres humanos. Hubo una época no muy lejana en la que se habló mucho del compromiso que tenemos todos los universitarios con los problemas de ese mundo real del cual afluyen incesantes oleadas de quejas de injusticias, de llamados a nuevas soluciones, de planteamientos inesperados. Ese compromiso es real y debe destruir cualquier torre de marfil. Pero destruir las torres de marfil no significa demoler el ambiente de *sofrosine* propio de los universitarios. Para mejor ayudar a ese mundo real y proponerle mejores

soluciones, los universitarios necesitan de cierta perspectiva, de algún distanciamiento, necesitan de serenidad, de equilibrio para juzgar en su propia perspectiva los diferentes aspectos de los problemas. Así el universitario se encuentra dividido entre su compromiso con los problemas de ese mundo real que nunca se le presente como extraño y su responsabilidad a la verdad y a la justicia que están por encima de cualquier fracción o grupo de intereses por nobles que estos sean.

Compromiso social y responsabilidad universitaria deben ser distinguidos para poder ser conciliados. Claro que a veces es muy difícil esa conciliación, pero el universitario debe luchar con todas sus fuerzas por realizarla. Está en juego su credibilidad de universitario. La cátedra nunca debe transformarse en tribuna política. Otra cosa es que, fuera del recinto universitario tenga actividades políticas.

Para lograr esa conciliación puede ser muy útil la práctica de los principios de nuestro Ideario. No podemos detenernos a analizarlos todos. Nos contentaremos con referirnos a uno de ellos.

Dice el Ideario: "En el cumplimiento de su tarea cultural, la Universidad Iberoamericana se inspira en los valores cristianos y quiere realizar, en un ambiente de apertura, libertad y respeto para todos, una integración de esos valores con los adelantos científicos y filosóficos de nuestros tiempos".

La invocación a los valores cristianos no debe ser vista como una mera proclama retórica sino como el señalamiento del espíritu que debe animar toda nuestra tarea cultural, todo nuestro trabajo universitario.

Y ¿qué significan esos valores cristianos? Entre otras cosas, una mirada de todos los seres humanos como dignos de respeto, de consideración, de amor. Y esto no es fácil. Cuando se contempla a tantos seres humanos actuando con egoísmo, cegados por sus propios intereses y pasiones, dejándose arrastrar por prejuicios y por consignas demagógicas, es muy difícil respetar, considerar y amar a esos seres humanos. Es muy difícil mantenerse una y otra vez abierto ante quienes usan su razón como una nacionalización de su irracionalidad, ante quienes se aprovechan del respeto que uno les tiene para imponer sin consideración sus puntos de vista, ante quienes se sirven del ambiente universitario de libre discusión como una mera oportunidad de introducir filosofías que no admiten la libre discusión. Jacques Maritain vio claramente esta dificultad. Oigámoslo: "Para conservar la fe en la marcha adelante de la humanidad, a pesar de todas las tentaciones de desesperar que nos ofrece la historia, y singularmente la historia contemporánea; para tener fe en la dignidad de la persona y de la humanidad común, en los derechos humanos y en la justicia, es decir, en los valores esencialmente espirituales: para tener y avivar el sentido de la igualdad sin caer en el igualitarismo nivelador; para respetar la autoridad sabiendo que quienes la ejercen no son más que hombres, como los que ellos gobiernan . . . ; para creer en la santidad del Derecho y de la virtud segura, pero a largo plazo, de la justicia política ante los triunfos escandalosos de la mentira y de la violencia; para tener fe en la libertad y en la fraternidad, hace falta una inspiración heroica y una creencia que fortalezcan y vivifiquen la razón y que nadie más que Jesús de Nazaret ha incitado en el mundo".

La adhesión a esa inspiración heroica es lo que significa los valores cristianos que, según nuestro Ideario, deben inspirar todo nuestro trabajo universitario. Y esto tiene conclusiones muy prácticas, sobre todo para quienes nos dedicamos al estudio y a la enseñanza de ciencias sociales. No podemos ni debemos buscar la inspiración de nuestras soluciones en filosofías animadas por el odio, por el partidismo (sea éste de derecha o de izquierda), en exclusivismos o faccionalismos que sólo atienden a intereses de grupos, por legítimos que estos sean. Debemos conservar la mente abierta a todas las voces, a todos los puntos de vista, buscando siempre lo poco o mucho de verdad y de justicia que haya

en cada uno de ellos, tratando de unir a los hombres y no de enfrentarlos, unirlos en el razonamiento sereno y no por la imposición de ideas.

Y esa es la tarea y reto que tiene nuestra Universidad ante el futuro de México. Debemos luchar porque en ella perdure el ambiente universitario de la *sofrosine* que haga posible la libre discusión de todas las ideas. Debemos educar a nuestros alumnos en la conciencia de los grandes problemas de injusticia social que desgraciadamente atormentan a México. Debemos buscar soluciones realistas y racionales que, a través de la comprensión y conciliación, vayan contribuyendo a resolver esos problemas. Debemos hacer de nuestra Universidad un baluarte de racionalidad, de apertura, de unión, donde se integren los adelantos científicos y filosóficos de nuestros tiempos. Esta es la tarea que tenemos por delante. Tal vez no veremos todos sus frutos. Pero podemos estar seguros que a la larga serán los frutos más fecundos, los más sólidos y perdurables, los que justificarán el que en la noche de hoy hayamos recibido las preesas al mérito universitario.